

CAMINOS DE LIBERTAD

MAITE CARRANZA



edebé

MAITE CARRANZA

CAMINOS DE LIBERTAD



edebé

MAITE CARRANZA

CAMINOS DE LIBERTAD



edebé

© Maite Carranza, 2016

© de la edición: EDEBÉ, 2016

Paseo de San Juan Bosco 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Fotografía de cubierta: Shutterstock

1.^a edición, septiembre 2016

ISBN 978-84-683-2516-3

Depósito Legal: B. 16510-2016

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A la memoria de Miguel Gil-Dolz del Castellar
y de Francisco Santamaría. Y de sus secretos
que quedaron en el olvido.*

Prefacio

¿Alguna vez os habéis sentido invisibles? ¿Habéis tenido la horrible sensación de que el chico que desearíais que os mirase no os ve, porque formáis parte del paisaje? ¿Habéis querido llorar cuando este chico os habla, pero os trata con la misma distancia, frialdad e indiferencia con la que trataría a la cajera del supermercado?

Y puestos a preguntar, ¿os ha pasado alguna vez que quien os mira es el chico equivocado, el que no os gusta, el que de un día para otro se ha hecho íntimo de vuestros amigos, aparece en todas las fiestas y de pronto está en todas las redes y en todos los móviles? Me refiero a ese chico que, no se sabe cómo, acaba sentándose siempre a vuestro lado.

A mí sí.

Y este es el comienzo de la historia que viví el verano de mis diecisiete años, en el Pirineo, antes de adentrarme en un pasado familiar desconocido e inquietante.

Entonces creía que un amor no correspondido era una tragedia, pero aprendí que las decepciones y los fracasos forman parte de la experiencia humana y que

el amor, ese sentimiento sobrecogedor, es apenas una anécdota comparado con los sufrimientos que dejan las guerras.

A menudo creemos que lo sabemos todo, pero la vida es un cúmulo caótico de descubrimientos que nos demuestran que las apariencias engañan y que las cosas no son lo que parecen.

Yo descubrí que hay que saber mirar para poder ver.

El chico que no me miraba y me hacía llorar se llamaba David.

El chico que se sentaba siempre a mi lado se llamaba Killian.

Y yo, Alexia, en medio de los dos, me quería morir.

EL ANILLO

El hombre se afeita cuidadosamente ante un espejo resquebrajado. Sujeta la navaja sobre su mejilla enjabonada y desliza la hoja sobre la piel. Mueve la mano derecha poco a poco y aprieta la mandíbula, por miedo a cortarse. Es una navaja grande, de pastor, de hoja ancha y afilada.

Tuvo que aprender a afeitarse precariamente, pero aprendió. También aprendió a cocinar con una olla y unos leños, a dormir con un ojo abierto y a distinguir el ruido del viento de los pasos de los que todavía están lejos. Se acostumbró a vestirse deprisa y a desaparecer ligero sin dejar ningún rastro. Ahora lleva encima solo lo realmente imprescindible. Hasta entonces no se había dado cuenta del montón de objetos innecesarios que acarreaba arriba y abajo y que, curiosamente, no ha echado de menos. Ahora sabe que con un paraguas, una navaja, carne seca, un cazo de cobre y un botijo puede apañárselas perfectamente y llegar muy lejos.

La austeridad es una virtud que no se prodiga. Él es un maestro y se jacta de ser capaz de preparar una sopa con un puñado de tomillo y un poco de agua. Llena el estómago y engaña al apetito. El cuerpo, un viejo

amigo, ha aprendido a afrontar el frío, el cansancio, el hambre y el miedo. Y cuando consigue una manta para abrigarse de noche y cuatro arándanos para endulzar el vacío, le parece una fiesta. El cuerpo no le preocupa, ya lo ha adiestrado.

La cabeza, en cambio, lo traiciona a menudo, más de lo que desearía. La melancolía de los días oscuros y silenciosos que le arañan la piel y le hieren el alma. La falsa ilusión de los sueños que se desvanecen al despertar. El desfallecimiento de la voluntad cuando esta se vuelve laxa y le engaña con mil argucias, hasta que un día se sorprende con el pensamiento de dejarlo correr todo y regresar a casa, porque es un bobo. Y aunque esté solo, siente vergüenza y se sonroja, aunque esté solo. La soledad se ha adueñado de él y es la compañera que lo lleva por donde quiere. Él, tan sociable, tan amigo de sus amigos, ha desaprendido a alimentar las tertulias, a dar cuerda a la afabilidad, al trato, y se ha vuelto un hombre adusto, de pocas palabras. Y le gusta. O tal vez no, pero no le preocupa. A veces se detiene a pensar unos instantes si no se estará volviendo como esos viejos solitarios que tanto le disgustaban de joven. Y se pregunta si todo esto tiene marcha atrás y si algún día él, que era el rey de las fiestas, recuperará la risa y el chiste fácil.

Se mira en el espejo satisfecho. Ya está, ya se ha afeitado y no se ha cortado. Las mejillas sonrosadas por la hoja afilada tienen aspecto de recién estrenadas. Parece más joven, bastante más joven que antes, aunque añora la barba y su solemnidad. De golpe tiene un rostro infantil, un poco ingenuo, que no se

corresponde con su anillo de casado, pero ya hace demasiado tiempo que lo lleva y no se lo puede quitar. Con los años el dedo se ha hinchado y el anillo forma parte de su mano. Tal vez el dedo esté más delgado o haga frío, pero esta vez nota cómo el anillo se mueve. Se lo sacará, decide de pronto. Y como siempre que se propone algo, no parará hasta conseguirlo.

Usa el jabón y lo va deslizando lentamente hasta que el anillo supera la primera falange y casi se cae solo en la palma de su mano derecha. Lo mira embobado. Es la primera vez desde hace muchos años que lo ve fuera de su propio dedo. Contempla alternativamente el dedo desnudo y ese anillo que formaba parte de su cuerpo y que ahora tiene vida propia. Luego busca un lugar donde guardarlo para recuperarlo más adelante.

Ahora es Luis Vila y vuelve a ser joven. ¡Qué gran oportunidad! Los jóvenes son solteros y atrevidos.

Palpa el suelo, da con una piedra que se mueve y la levanta de una patada. Teme encontrar algo debajo, como una vez que le salió una víbora y se le heló la sangre en las venas. Esta vez, sin embargo, no hay nada, solo el pequeño agujero que ha dejado la piedra. Deposita allí el anillo con cuidado, lo cubre con la misma piedra, que ya no encaja tan bien, y se despide sin aspavientos. No le gustan las liturgias de las despedidas. Hay pedazos suyos esparcidos por todas partes.

No es una mala vida, se dice cogiendo el zurrón con lo imprescindible y cerrando la puerta sin mirar atrás, como ha hecho tantas veces estos últimos tiempos. No es una mala vida, es solo una vida diferente.

Capítulo uno

Todo empezó el día que fui a despedirme de la abuela.

Despedirme de mi abuela Berta antes de irme de vacaciones era un trámite incómodo, pero necesario para tener a la familia contenta y el bolsillo lleno. Sobre todo el bolsillo.

Seré sincera, la razón principal de mi visita era la pasta. Yo era mercenaria por necesidad y me había especializado, igual que mis amigas, primas, hermanos y conocidos de la red, en traficar con los sentimientos de los viejos: un beso por un euro, un verso de Navidad por tres euros, una despedida por diez euros, unas fotos y una postal caducada por veinte euros.

No creáis que soy una miserable sin corazón. La abuela Berta me caía bien y yo le caía bien a ella. Quizás porque éramos las dos raritas de la familia y nos aceptábamos con naturalidad. Ella aceptaba que yo llevara las rodillas peladas, los dobladillos de los pantalones descosidos y que no supiera qué estudiaría cuando fuese a la universidad. Yo aceptaba que ella comiera chocolate a escondidas, que me regalara condones por mi cumpleaños y que en Navidad brindara a la salud

del presidente Companys y del bisabuelo Miguel, que en paz descansan.

«La abuela, pobrecita, está senil», decía mi tía Amalia. A mí no me lo parecía y a lo mejor por eso me sentía cómoda en su casa. Incluso, a veces, yo misma me invitaba a cenar, con todo el morro, y ella siempre aceptaba encantada. Tenía una simpatía rebelde contagiosa, un piso del Ensanche barcelonés que se abría de este a oeste, infinidad de cajas de bombones hábilmente escondidas bajo los cojines del sofá, y practicaba el arte del guiño y de alargar la mano a escondidas de los adultos, como una agente secreta de la tercera edad.

Justifiqué mi presencia allí una tarde de junio.

—He venido a despedirme. Me voy de campamentos, abuela.

Y claro, me hizo la pregunta de rigor:

—¿Dónde?

—Cerca de Alós de Isil, en el Pallars.

Yo no había estado nunca, pero me sabía el nombre de memoria de tanto mirarlo en los mapas.

La abuela palideció y me di cuenta de que le temblaban las manos.

—No puede ser. ¿De verdad? ¿Vas a Alós de Isil? —repitió incrédula.

La abuela Berta —vivaracha, esbelta, ojos verdes y manos huesudas— estaba asustada; no la había visto nunca tan nerviosa por una noticia tan estúpida.

—No te preocupes, no me voy a mojar, no pasaré hambre ni frío.

A las abuelas suele preocuparles este tipo de sandeces, que, como todas las cosas de este país, sean tras-

cedentes o no, tienen su justificación en la mítica Guerra Civil. Ya se sabe que en la Guerra Civil se pasó mucho frío y mucha hambre. La abuela siempre explicaba que tenía sabañones en los dedos y que durante la guerra comían mondas de patata. Pero aquella vez me equivoqué.

—¿Ya lo sabe tu madre? —preguntó inquieta.

Me ofendió.

—¡Abuela, soy mayor! ¡Tengo diecisiete años!

Y no hablaba por hablar; me sentía mayor. A mis diecisiete años, podía ir a la cárcel porque ya era responsable de mis actos delictivos. ¡Alto! Solo de los delictivos, de los otros no. ¡Qué morro! No podía votar, irme de casa ni abrir una cuenta corriente. ¿Alguien conoce a un legislador para que me lo explique?

La abuela Berta me agarró las manos con fuerza —ella, tan delgada y tan dulce— y me las apretó con dramatismo, como si fuera una actriz de teatro y me tuviera que confesar, de pronto, que yo no era en realidad la hija de mi madre.

—Pues no le digas adónde vas exactamente.

¿Me estaba pidiendo que mintiera a mi madre?

—¿Por qué? —pregunté intrigada.

—Porque tienes que prometerme que me harás un favor.

—Lo que quieras —respondí al instante.

Siempre soy una bocazas y hablo sin pensar. Quizás si hubiera pensado, habría cerrado la boca. No es nada recomendable comprometerse a hacer un favor sin saber de qué clase de favor se trata.

—Y quiero que sea un secreto entre nosotras dos.

—Acepto —respondí sin parpadear.

Los secretos siempre me han gustado. Tengo debilidad por los secretos. Por eso caí de cuatro patas.

La abuela Berta suspiró, se sentó en su sillón, me invitó a acercarme a ella y habló en sordina.

—Mi padre, tu bisabuelo Miguel, vivió misteriosamente en Alós de Isil y posiblemente fue enterrado allí.

Y con ese «misteriosamente», pronunciado con una intencionalidad clara, quedaba resumido todo el sentido de la frase.

Me quedé planchada. La abuela se había chalado del todo.

—Abuela, el bisabuelo Miguel, tu padre, murió en la guerra cuando eras pequeña.

No es que yo hubiera estado allí, pero era la historia lógica y pragmática que yo había oído desde pequeña.

—¡Es mentira! —rebatí con contundencia.

—Pues es lo que dice todo el mundo.

La abuela suspiró, con miserativa, y chasqueó la lengua.

—Es la versión que nos inventamos en la familia por vergüenza. La versión oficial que nos ahorró represalias es otra, y la verdad es que debió de morir en Alós de Isil.

¿Vergüenza? ¿Versión oficial? ¿Represalias? He aquí tres palabras mágicas pronunciadas en el intervalo de tres minutos. Fantástico. Solía fastidiarme no tener un tema interesante de redacción a la vuelta de las vacaciones. «*El marrón de mi familia materna*». Ya tenía una historia jugosa para escribir, presentar a la Jiménez —la profe de Lengua— y dejar boquiabierta a Mabel, una supuesta amiga.

—Muy bien, cuéntame qué pasó.

La abuela se aclaró la garganta.

—Mi padre era un ingeniero relacionado con intelectuales de su tiempo. Hablaba muchas lenguas y había viajado mucho. Pero tenía ideas..., cómo te lo diría..., un poco revolucionarias. Era masón, naturista, libertario y un gran excursionista, miembro del Centro Excursionista.

¡Brutal! Y me lo decía así, de golpe.

Toda la vida creyendo que el bisabuelo Miguel, que paseaba del brazo de su mujer por el Paseo de Gracia e iba al Liceo una vez al mes, había sido un señor aburrido y rígido, y me acababa de enterar de que el antepasado con barba de chivo y pajarita negra —el tipo estirado del retrato del comedor de la abuela— estaba afiliado a una organización ultrasecreta, era nudista, revolucionario y se reunía con la flor y la nata de la intelectualidad.

¡Qué fuerte! Ciertamente, la familia es un pozo de sorpresas.

—En 1938, cuando mi padre estaba destinado en Lérida y la guerra ya se empezaba a dar por perdida, dejamos de tener noticias de él. Entonces, corrió la voz de que había desertado y se había pasado al otro bando. Decían que había huido hacia Burgos.

—¿Con los franquistas? —pregunté yo escandalizada.

—Sí, hija, sí. Era inexplicable en un hombre tan comprometido y con convicciones tan firmes como las tuyas. Mi madre no se lo creyó, pero media escalera nos retiró la palabra.

Esta sí que no me la esperaba. Un desertor.

—Poco después, unos republicanos se presentaron en casa, entregaron su placa a nuestra madre y le comunicaron que lo habían apresado y lo habían fusilado por traidor a la República. Es lo que se hacía con los desertores. Los cuerpos los arrojaban a las fosas comunes.

Durante unos instantes me quedé sin saber qué decir. Mi gozo en un pozo.

—Qué triste y... qué vergüenza —pude murmurar finalmente.

Era curioso: había subido y bajado de la noria de los descubrimientos familiares en cuestión de segundos. ¡Qué mareo!

—A la familia nos pasó lo mismo que a ti. No podíamos levantar la cabeza de la vergüenza y la pena que sentíamos. Pero esa Navidad recibimos una postal mágica. Desde Lérida nos escribía una chica muy simpática, llamada Lisi Sola, que nos hablaba con gran familiaridad, nos deseaba unas felices fiestas y nos animaba a hacer un viaje juntas en el futuro. Tenía una letra redonda y elegante, de señorita de aquel tiempo.

Era una noticia un poco estúpida, pero me vi obligada a interesarme por ella.

—¿Y quién era Lisi Sola?

—Mi padre.

¿Me lo creía? ¿No me lo creía?

—Pero ¿no estaba muerto?

—Eso es lo que todo el mundo decía, pero mamá, mis hermanos y yo sabíamos que era de mi padre,

porque en la esquina de la postal había un dibujo de una chica con unas trenzas muy largas. ¡Rapunzel!

Definitivamente, mi abuela estaba loca, pero le seguí la corriente.

—Interesante... ¿Tu padre llevaba trenzas como Rapunzel?

La verdad es que no veía ninguna relación entre una cosa y otra.

—No, niña, no. Rapunzel era un guiño para decirnos que Lisi Sola era él. Cada noche nos contaba ese cuento a mis hermanos y a mí.

Ingenioso. Pero no dejaba de ser una ilusión. Una chica con trenzas no se transformaba automáticamente en Rapunzel. Mi abuela y sus hermanos tenían mucha imaginación y muchas ganas de que su padre estuviera vivo.

—Y hay más.

Mi abuela se levantó decidida, abrió la puerta del comedor de par en par y recorrió el largo pasillo, por donde yo solía patinar de niña, hacia la habitación de los juguetes, allí donde mi primo y yo pasábamos las tardes de sábado mientras nuestros padres se escapaban al cine.

—Este caballito lo construyó él con sus manos.

Era el caballito de madera que había montado millones de veces cuando era una niña. Sin embargo, lo que me acababa de revelar no era ninguna sorpresa. Siempre había sido el caballito del bisabuelo Miguel. Me lo conocía de memoria y era capaz de reproducir con los ojos cerrados todos sus grabados de colores: verde, amarillo y rojo. Con el caballo de

madera había cabalgado por las praderas americanas a la caza del bisonte y había luchado contra el bobo de mi primo Augusto transformado en el Séptimo de Caballería. Augusto era el listo de la familia y estudiaba en ESADE. Yo era la oveja negra y no sabía qué estudiaría. Ya nadie me lo preguntaba, puesto que invariablemente mi respuesta era «no lo sé».

—Ya sabía que era un juguete hecho por el bisabuelo, siempre nos lo decías —le recordé.

Pero ella continuó hablando con un tono intencionadamente enigmático.

—Nos lo hizo llegar un día de Reyes, el 6 de enero de 1940.

Esta vez sí logró ponerme la piel de gallina. Sobre todo, cuando abrió un cajón y sacó las tres peonzas que nos había enseñado alguna vez de soslayo.

—A partir de ese año 1940, recibimos una peonza durante los tres años siguientes cada día de Reyes, puntualmente, acompañada de una mermelada. Todavía guardo los botes. En las etiquetas hay dibujadas unas flores muy bonitas.

Empezaba a sentir escalofríos. Como cuando voy al cine a ver una película de miedo.

—¿Quería decir que estaba vivo?

—Exactamente.

—¿Dónde?

—Eso es lo que yo he ido descubriendo poco a poco. La cosa se ponía emocionante.

—¿Dónde estaba?

Como respuesta a mi pregunta, la abuela me ofreció un papel y un lápiz.

—Escribe Alós Isil al revés.

Era un juego muy antiguo. De pequeña, yo y mis amigas nos poníamos el nombre al revés. ¡Pero atención! Puede ser sumamente peligroso. Mi nombre al revés es Aixela. ¿Qué os he dicho? Durante una temporada en el colegio me llamaban «la Axila». La culpable, naturalmente, mi amiga Mabel. Muy graciosa, como veis.

—¡¡¡Sola Lisi!!! —grité alterada—. O sea, Lisi Sola.

—Muy bien. Y tú, que eres una chica lista, ¿qué crees?

No dudé ni un segundo. Había visto muchas películas.

—Que el bisabuelo era Lisi Sola y os decía en clave que estaba en Alós de Isil.

—¡Exactamente! ¡Mi padre no estaba muerto y vivía en Alós de Isil! —exclamó la abuela con convicción—. Lástima que lo descubriera demasiado tarde, justo hará un par de años. Mi pobre madre lo buscó por todos los archivos de Lérida y removió todos los cementerios de la región. Murió con el dolor de no saber dónde estaba enterrado su marido.

Hasta aquí llegaba la historia, pero no acababa de entender qué papel jugaba yo.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Encontrar su tumba.

Sí, sí. Dijo eso: encontrar la tumba del bisabuelo Miguel Gil en Alós de Isil. Tuve un escalofrío sin poder evitarlo. ¡Qué mal rollo! Los muertos siempre me han dado mucho respeto.

—¿Y por qué no vas tú? ¿Por qué no te lleva mamá o la tía Amalia?

Se escuchó el sonido de una puerta al cerrarse y la abuela se llevó un dedo a los labios.

—Porque no me creen.

—¿No creen que el bisabuelo Miguel estaba vivo en el 44?

Una nueva voz, la voz de mi tía Amalia —que había llegado mientras la abuela y yo estábamos charlando— sonó igualmente contundente:

—¡Pues claro que no! Estaba muerto y enterrado. El abuelo Miguel murió el año treinta y nueve, en el frente, tal como está escrito en la losa del cementerio de Les Corts.

Habría tenido que confortarme la versión sensata de mi tía, la que yo había oído contar toda la vida, pero reconozco que me deshinchó las expectativas de «misterio» que había ido atizando la abuela.

—En un nicho vacío. Ve y ábrelo —la retó la abuela.

—Ya sabemos que no hay cuerpo, como ocurre con tantos otros muertos de la guerra, pero se firmó su fallecimiento.

—Y si estaba muerto, ¿cómo nos hizo llegar el caballito el día de Reyes?

Yo asistía al partido de pimpón como una espectadora que se había decantado por el bando de la abuela —soy una sentimental— y sufría cada vez que la contrincante golpeaba la pelota.

—Porque no os lo mandó él..., mamá.

—¿Ah, no? ¿Y las tres peonzas? ¿Una cada año? —insistió.

—Ya lo hemos hablado mil veces. Fue algún buen amigo compasivo que tuvo lástima de la viuda y las tres criaturitas que había dejado el abuelo Miguel.

Eso tocó la moral a la abuela. La lástima y ella eran enemigas irreconciliables.

—Nosotros no dábamos pena.

—Mamá, mejor que no hablemos de este tema, ya sabes lo que pienso. Era tu padre, pero fue un desertor y punto.

—¡No es verdad!

—¿Ah, no? Ahora me dirás que no recibíais dinero.

La abuela calló como una muerta e intuía una grieta en su relato que se había ahorrado contarme.

—¿Qué dinero? —pregunté con un hilillo de voz.

El dinero, no sé por qué, siempre ensucia las historias bonitas. La abuela confesó lo que me había escondido.

—Nunca supimos quién lo mandaba. Era una cantidad generosa, llegaba cada mes, regularmente, hasta el año 1944, en que recibimos un extra de golpe. Fue el último ingreso, pero gracias a él, mamá, que era muy prudente, pudo abrir un taller de modista.

No entendía nada. ¿Quién pagaba a quién?

—¿Quién os enviaba el dinero?

La abuela suspiró. Le sorprendía que no pilláramos las obviedades.

—Los republicanos. Escondían algo.

Tía Amalia la contradujo:

—¡Anda! ¡Anda! ¡Si los republicanos eran unos muertos de hambre y habían perdido la guerra! —se volvió hacia mí—. Eran los nacionales, Alexia, que lo consideraban un héroe, y no un traidor.

Yo no lo veía claro.

—¿Y por qué lo hacían a escondidas? ¿No habían ganado la guerra? Si hubiera sido un héroe, lo habrían condecorado y le habrían dedicado una calle, ¿no crees?

La abuela me aplaudió.

—¡Muy bien, Alexia!

Pero tía Amalia no sabía perder.

—¡Se acabó! ¡Basta ya de tonterías, mamá! Y solo faltabas tú, Alexia, para animarla. ¿No ves que no está bien de la cabeza?

Mi tía Amalia, la hija mayor y la más amargada, estaba acostumbrada a lidiar con la abuela y había cambiado sutilmente los papeles. Ahora mi tía mandaba y trataba a su madre con condescendencia benévola y tirana a partes iguales. Era la hija sin obligaciones familiares que, al salir de la oficina, cuidaba a su madre un rato y de paso metía la nariz en los armarios y la regañaba como a una criatura. Me pregunto cuándo una hija puede tratar a su propia madre como a una discapacitada sin cerebro. Y en qué momento una madre acepta ser considerada una irresponsable. Quizás nunca, porque mi abuela se resistía con uñas y dientes a las visitas de tía Amalia y le decía a su hija que no era necesario que fuera, que ya se las apañaba sola. Pobre abuela Berta. No me haré nunca vieja.

Sin embargo, mi abuela, en vez de ponerse como una fiera porque su hija dijera delante de su nieta que estaba loca, esbozó una sonrisa pícaro.

—Muy bien, Amalia, tema olvidado. Solo quería hacerle un pequeño regalo a Alexia.

Y me dio las tres peonzas, una postal, tres botes de mermelada vacíos y una foto vieja del bisabuelo, y lo metió todo dentro de una bolsa de supermercado.

—¡Toma, bonita, recuerdos de tu bisabuelo y que te lo pases bien de excursión! —me dijo guiñándome un ojo.

—¿Adónde vas? —preguntó mi tía.

—¡A la sierra! —dije yo.

—¡A la playa! —dijo a la vez la abuela.

Suerte que tía Amalia no nos escuchaba. En realidad, le importaba un pimiento adónde fuese su sobrina cabra loca con un puñado de niños *scouts*.

Antes de marcharme, hice una promesa solemne mirando a mi abuela a los ojos.

—Averiguaré qué pasó y encontraré su tumba.

Y por dignidad, no acepté los veinte euros que me ofrecía por la visita como despedida. ¿Por qué soy tan estúpida?

Por la noche ya me había arrepentido.

Me fui tan digna que casi no cabía por la puerta, pero al salir a la calle y palparme el bolsillo vacío, me di cuenta de que había hecho el panoli. A cada paso me iba encogiendo más y más. Había caído en una trampa, había prometido a mi abuela que haría indagaciones imposibles y que le conseguiría pruebas inexistentes de un bisabuelo misterioso. Soy así, una bocazas.

—¿Qué pasó con el bisabuelo Miguel? —disparé a matar a mi madre al poner los pies en casa.

Levantó los ojos de la pantalla del ordenador y me contestó sin rodeos:

—¿La versión adulta de mayores de dieciséis años o la versión Disney que aún se cree tu hermano?

Me froté las manos. Mi madre estaba dispuesta a vaciar el baúl de los secretos de familia. Esto de tener los diecisiete abría más puertas que las de la cárcel.

—Tus tías y yo estamos seguras de que no lo fusilaron como decían los republicanos. El abuelo Miguel probablemente llegó a Francia, encontró trabajo y por eso mandaba dinero a casa. Se embarcó hacia América el año 44, pero antes de irse envió una cantidad a su mujer para que pudiera rehacer su vida con las criaturas.

—¿Y por qué no escribió a la bisabuela?

—Nunca dio señales de vida porque probablemente se volvió a casar y tuvo otros hijos. No lo sabemos, pero lo sospechamos.

Casi nada: un bisabuelo adúltero y bígamo. Mi familia era como una telenovela.

—La abuela dice que vivió y seguramente murió en Alós de Isil.

Mi madre sonrió, con conmiseración.

—Y por qué no. Es la versión más romántica, de ser cierta, claro.

O sea que tenía un bisabuelo revolucionario con tres vidas y tres muertes posibles de quien no había sabido casi nada hasta hacía tan solo unas horas.

—¿Y qué problema hay en que la abuela encuentre la tumba de su padre?

Mi madre chasqueó la lengua.

—¿No te das cuenta de que la pobre se lo inventa todo? De pronto se cree que es Miss Marple. Si nos descuidamos, se compra una pistola y se va al Pallars a pegar cuatro tiros para restaurar el honor de la familia. ¡No pondrá los pies en Alós de Isil! Solo nos faltaba esa.

Era injusto. Todos la trataban de loca y yo sabía que no lo estaba.

De repente, mi madre, que es muy bruja, se me quedó mirando y frunció la nariz.

—¡Ya te ha liado! ¡Seguro que ahora te lo ha pedido a ti!

Mentí porque los secretos son eso, secretos.

—¿De qué hablas? ¿Qué me tenía que pedir?

—Alguna tontería de esas de buscar tumbas inventadas.

—Pero, mama, si tú misma has dicho que el bisabuelo vivió en América poniéndole los cuernos a la bisabuela. ¡Ve y encuéntralo!

Mi madre suspiró como había hecho la abuela, aunque no le pegaba nada, y trató de cambiar de tema.

—Por cierto, ¿adónde vas de campamentos?

—Al Ampurdán —volví a mentir.

—Pues olvídate de tu bisabuelo y ordena la habitación antes de irte.

A las familias no hay quien las entienda.